

JULIO CASTELLANOS

POR

JUSTINO FERNÁNDEZ

El Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional lamenta la muerte del pintor mexicano Julio Castellanos, acaecida el 15 de julio de 1947 y reproduce aquí las palabras pronunciadas por Justino Fernández en la capilla ardiente, en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Nacional, de la cual el artista fué profesor destacado.

Ha muerto un artista, uno de nuestros más honrados y finos poetas, que supo llevar con dignidad la cruz que la vida es. Muerto o no muerto, de Julio Castellanos no se puede hablar sin conmoverse, porque su obra es su vida, es la condensación de su propio ser austero, expectante y capaz de expresarse en términos de elevada poesía.

Es el primer poeta, verdadera y entrañablemente nuestro, que termina su jornada aquí, dejándonos el ejemplo de su vida de artista en un conjunto de obras que expresan ante todo su capacidad de comprensión de lo que el arte es.

Si es verdad que el hombre es poeta por constitución, porque tiene que transformar el mundo para hacerlo propio, para hacerse a sí mismo, es también verdad que no todos somos capaces de hacernos artistas, de llevar nuestras propias posibilidades a la altura que Julio Castellanos las llevó, arduamente, sin premuras, con un gran sentido de responsabilidad, sin sucumbir a la fácil empresa, sino más bien escogiendo las espinas, transformándolas en alegorías de la vida.

Probó y trabajó todas las técnicas, pintó óleos y murales al fresco, litografías de una sensibilidad, de una belleza, de una pureza incomparables; hizo escenografías, fué maestro y con toda propiedad, fué un hombre.

Julio Castellanos supo elevar lo circunstancial y anecdótico a planos universales; apartándose del pintoresquismo vulgar, superó cuanto en ese aspecto se ha hecho; vió a su mundo circundante, a México, con profundidad, y nos entregó su visión penetrante en la que siempre flota el aire de una interrogación. Interrogador de la realidad fué Castellanos —creo firmemente que jamás tuvo otra actitud—, pero interrogó con inteligencia y con su fina intuición penetró la realidad; por eso pudo expresar esa íntima angustia de su ser en *El Diálogo*, en el *Baño de San Juan*, en *La Lluvia* y en *El Bohío*; su obra fué premiada en la Exposición Nacional de 1946.

Personal, delicado, puro en su línea como lo fué en su corazón, Castellanos es uno de nuestros clásicos, uno de los más exquisitos dibujantes de todos los tiempos. En justicia puede decirse que su obra quedó completa, a pesar de las enormes posibilidades que poseía, y todo lo que *es* queda resumido en su cuadro póstumo, su magistral autorretrato, que será la clave para entender todo lo que en vida fué. Caballete y cruz al mismo tiempo en un fondo de infinitud y en el centro un objeto, pero un objeto que vibra, un rostro hecho de espinas y unos ojos que siguen interrogando al más allá, con la mirada extendida, prolongando su ser hacia el espacio sobrehumano, sin contestación. Quizá sorprenda este sentido metafísico de la obra de Castellanos, pero como gran artista, su preocupación central es el Ser; por eso es grande.

Meditó, sin duda, más que pintó; habló poco y habló bien; dijo algo con sentido para nuestro tiempo, y son raros los que pueden hacerlo. Es por esta coincidencia y por la calidad de la expresión de su ser por lo que Castellanos queda vivo, ocupando un lugar prominente entre los hombres que en verdad son humanos. La muerte que él vivió nos descubre su ser ejemplar. Hagamos votos porque haya encontrado, al fin, la contestación que buscaba su mirada espectante.



Julio Castellanos. Autorretrato. Julio 1947. Última obra